

## CONTRA LOS ENEMIGOS DEL FMI

Roberto CASTAÑEDA\*

La concepción cristiana del mundo se finca en la noción de pecado original y «explica» las cosas a base de *culpas*. Pecado Original y Culpa son algo así como deudas con el creador. Deudas que han de pagarse, pero, dado que la misericordia es posible, pueden ser perdonadas o condonadas. Religión y finanzas parecen ser algo más que dos formas de abordar el problema del fetichismo de la mercancía.

\* Investigador asociado del IIEC-UNAM.

De hecho, el obispo Marcel Léfèbre y Milton Friedman hablan de lo mismo.

Los liberales suponen que las cuestiones religiosas son materia que sólo incumbe privadamente a los individuos. Y ello se debe, básicamente, a que se desenvuelven a sus anchas en el mundo de los fetiches. El ecumenismo de Paulo VI, sin embargo, no es sino «el aroma espiritual» internacionalista del capitalismo. Wall Street, la City, Zurich y Frankfurt espiritualmente se expresan por el Vaticano. De hecho, la Iglesia Católica no es sino un monstruoso fideicomiso (*trust*) que administra alienación (*God*).

Pero, decía Marx, en la *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, «la crítica de la religión se convierte en crítica de las leyes, y la crítica de la teología en crítica de la política del Estado», y, en su obra posterior, mostraría claramente como la crítica de la religión y de lo jurídico-político debía buscarse en el carácter del dinero y la producción de plusvalía.

Hoy, cristianos y liberales dominan ideológicamente a la izquierda de este país. Buscan culpables, pero respetan fetiches. Y es obvio. Es más fácil descubrir culpables que explicar qué está pasando. Pero, ¿qué es el cristianismo y qué es el liberalismo? Las ideologías dominantes de las sociedades feudal y burguesa.

Hoy, la izquierda de este país acusa al Fondo Monetario Internacional de la crisis de la economía. Ayer, la burguesía acusaba a Luis Echeverría de la devaluación. Mañana, el mundo acusará al Estado norteamericano de la crisis del dólar. Así no se puede entender nada. Se hace demagogia, charlatanería. Se fomenta la confusión y se navega a la deriva: encallar en aventuras o en el oportunismo es inevitable. No es posible atravesar la tormenta que viene con tales métodos. Creer que se puede tomar partido sin necesidad de saber qué está y por dónde estamos pasando, es lo mismo que considerar, como decía Mao, que «las ideas correctas caen del cielo». Luchar contra el capitalismo sin entender cómo funciona es lo que desde hace dos siglos caracteriza al socialismo utópico. Cuando el sol brilla o las estrellas son visibles no hay grandes riesgos de perderse; cuando la tormenta se instala la tendencia a la regresión es abrumadora.

Tratemos pues, de ver, con calma, algunos elementos que nos indiquen *qué está* y por dónde *estamos pasando*. (No sólo las cosas «pasan», nosotros también pasamos).

Primero, la teoría de la acumulación del capital de Carlos Marx es, *simultáneamente*, una teoría del derrumbe del sistema capitalista. Segundo, en el análisis del capitalismo es imprescindible *razonar*, en el sentido etimológico: ver las razones, relaciones o proporciones. Es

decir, evitar toda *robinsonada* nacional. Tercero, en la historia del capitalismo no existe el «borrón y cuenta nueva». Hasta los cataclismos sociales como la gran depresión, el nazismo, la segunda guerra mundial y demás, forman parte de un proceso único. Es decir, toda «ruptura» regional o temporal, no es expresión sino de fronteras o murellas chinas mentales. Nuestra historia es mundial. Cuarto, la industrialización de los países semicoloniales, la intervención estatal, la inflación, el desarrollo tecnológico, etcétera, no son sino manifestaciones particulares de la lucha general contra la caída de la tasa de ganancia. Quinto, un capital que no se valoriza «por las buenas» es el peor enemigo de la humanidad trabajadora. Sexto, las dificultades para la valorización pacífica son cada vez mayores. Pronto serán insuperables. Séptimo, la valorización en el proceso productivo sólo adquiere carácter real para el capitalista en la circulación. Sin la conversión de *M* en *D'* no hay capitalismo. Empecemos por el análisis de este último punto.

La izquierda de este país (buena parte, por lo menos) está profundamente indignada porque el gobierno mexicano no gasta lo que ellos *quisieran*. Han descubierto un culpable: el FMI. Pero vayamos con calma. ¿Qué significa gastar más? Ofrecer dinero a cambio de mercancías. Sean éstas maíz o acero, cemento o fuerza de trabajo (calificada o no). Gastar es comprar o pagar. Es decir, dar dinero por una mercancía que se ha de recibir o que ya se recibió.

Dicho en otros términos, lo que buena parte de la izquierda de este país *demand*a, es que haya *demand*a para las mercancías sin *demand*a. Lo que se pide es que no exista sobreproducción de mercancías. Que el mercado sea capaz de absorber todo lo que se ha producido. Y, además, que dicha absorción se lleve a cabo a los precios de producción, con una ganancia media. Lo que buena parte de la izquierda de este país está pidiendo es que el estado capitalista niegue el funcionamiento del capitalismo. Si esto no es idealismo subjetivo, no se qué sea. ¿Cabe la libertad en quienes niegan la necesidad, ignorándola? ¿la ignorancia de la necesidad la elimina?

Aclaremos esto un poco. ¿Qué es el FMI? Un banco central de bancos centrales. Un invento de Harry Dexter White y John Maynard Keynes creado hace 33 años en Bretton Woods, New Hampshire. ¿Para qué? Para crear un sistema monetario mundial. Esto es, un sistema que permitiera hacer que todos los capitales-dinero del mundo capitalista se pudieran cambiar por capitales-mercancía en cualquier parte del mundo capitalista y que estos capitales-mercancía, a su vez, pudieran cambiarse por dinero en cualquier parte y que este dinero fuera convertible por dinero de otras partes. O sea, un sistema que

hiciera posible la existencia del dinero mundial. Pues, de la misma manera que sin dinero no hay comercio, pues no hay circulación de las mercancías; así, sin dinero mundial no hay comercio mundial. ¿Por qué fue necesario crear tal sistema? Por la sencilla razón de que el que existía había agotado su viabilidad entre 1914 y 1933. El patrón oro tuvo que ser abandonado si es que el *keynesianismo* quería ser implementado. Pero el *keynesianismo* (de Roosevelt, de Hitler, de Hirohito o de la República Española); esto es, la política de gasto estatal deficitario, destruye el valor interno de la moneda y, por lo tanto, impide el mantenimiento del valor externo. Al intentar, mantener la rentabilidad de los capitales nacionales se desarticula el mercado mundial. Esta desarticulación fue, en 1929, de una magnitud tal que se requirió una crisis de diez años y una guerra mundial de cinco, para, después, poder reconstruir el sistema. Pues “en la crisis se da la separación violenta de elementos que esencialmente son uno solo y la unificación forzosa entre elementos que se han independizado”.<sup>1</sup>

Todo lo que está unido —producción/consumo, producción/circulación, oro/moneda, compra/venta, campo/ciudad, mercancía/dinero, trabajo/capital, economía nacional/mercado mundial, etcétera— se desintegra. Pero, además, todo lo que se ha autonomizado o independizado se ve obligado a chocar violentamente con todo aquello a lo que estaba ligado. Las relaciones sociales de producción han estallado violentamente, su transformación radical o su restablecimiento no pueden ser sino procesos violentos.

Ahora bien, la desintegración violenta de la economía mundial entre 1929-39 es la causa de la integración violenta de la economía mundial entre 1939-45, y es, por supuesto, la causa de las integraciones y/o transformaciones violentas en el interior de cada uno de los países. De estos procesos de integración las tropas de los ejércitos aliados son tan sólo un elemento. El FMI y el dólar y, más adelante, el marco, el franco suizo, el yen, etcétera, y sus mutuas relaciones (de unidad contradictoria) son otro. El primero hablaba el lenguaje de las armas. El segundo es el lenguaje del «arsenal de mercancías». Pero, como Engels le señaló a Dühring, las armas enmudecen cuando la producción calla. Y, en el capitalismo, como dijimos, sólo si hay valorización hay producción.

Aquí podemos permitirnos una pequeña digresión a propósito del peso y de la *demand*a de buena parte de la izquierda de este país.

<sup>1</sup> Carlos Marx, *Historia Crítica de la Teoría de la Plusvalía*, Editorial Carthago, Buenos Aires, Tomo II, 1975. p. 440.

Y, más adelante, veremos qué está pasando con el FMI y el dinero mundial. Y bien, ¿qué es un peso? Un título de propiedad sobre los productos del trabajo y sobre el propio trabajo. Así, un peso es igual a la centésima parte de ocho horas de trabajo si el salario diario por ocho horas es de \$100.00. Pero, pregunta el capitalista, ¿para qué tener un título de propiedad si no produce ganancias? Recuérdese que para el mortal común y corriente  $D$  es un intermediario entre  $M_1$  y  $M_2$ ; pero, para el capitalista,  $D$  es un capital valorizable, ya sea así  $D-M-D'$  o así  $D-D'$ , pero, preguntémosnos, ¿quién avala tal título de propiedad? ¿Quién garantiza que el *derecho* implícito en tal título se ejerza legalmente? Pues la misma institución que garantiza todo el derecho burgués: el Estado. Pero, pregunta importante ¿puede el estado garantizar la tasa de ganancia? Obviamente sí, pero no a todos los capitales, ni todo el tiempo. Cuando los capitales no encuentran esa garantía en el estado, simple y sencillamente, se desplazan. Se fugan. ¿A dónde? A cualquier lugar en que les sea posible valorizarse. Dicho en otros términos, el capital-dinero está sistemáticamente amenazando así, «o gano o no juego»; ésta es —*clavita*— su «regla para jugar».

Una imagen tecnológica quizá ayude a aclarar esto. En una máquina de vapor el pistón o la turbina son movidos por la presión del gas. Para que el pistón o la turbina no pierdan potencia deben evitarse las *fugas* entre la caldera y el émbolo; o entre la entrada del vapor y la caja blindada; que no se escape la energía. Ahora bien, el capitalismo es una máquina rarísima: convierte la energía del vapor (valor) en energía incrementada (valor valorizado). Esta transformación sólo es posible porque en la máquina capitalista a la energía muerta se le añade la energía viva. El trabajo humano transforma la materia en energía. Pero no sólo la transforma, la genera, al convertir el movimiento en energía. En el capitalismo esta energía no es propiedad de los transformadores ni de los generadores sino de los acumuladores. Tecnológicamente es una aberración. Un acumulador que no se utiliza para echar a andar un motor y un generador pierde su energía. Un capital que no se valoriza, que no gana, se desvaloriza. Buscando la valorización se fuga. En tales circunstancias, el estado, desarrollando nuestra metáfora, es algo así como la conciencia de la energía inerte, la conciencia de la acumulación. Por todos los medios trata de conseguir la valorización, el movimiento de una turbina cada vez más pesada, de un pistón cada vez más atascado, que sólo la ganancia los mueve.

Así pues, regresemos al lenguaje de los economistas (seres inca-

paces de pensar la física y la ingeniería sociales). Decíamos que el capital amenazaba con su «regla» y veíamos que el estado, tratando de mantener el juego de la ganancia, se ve obligado a destruir las «reglas» del juego, a corromper el *patrón de medida*, el valor de la moneda. La inflación, dicho de otra manera, resulta de los intentos de mantener la ganancia; pero, la inflación conduce a ganancias ficticias que, cuando se revelan como tales, provocan el rechazo de la moneda devaluada. La «dolarización» no es, pues, sino el cambio de un título de propiedad por otro; la búsqueda de la garantía de la valorización no en el Zócalo sino en Washington. Esto, obviamente, no es sino una ilusión. El capital que se transforma de dólares en pesos intenta valorizarse de este lado de la frontera (cosa que es imposible sin el mantenimiento de la actividad productiva), y el capital en pesos que se transforma en dólares intenta evitar desvalorizarse huyendo al otro lado de la frontera (y al hacer tal, frustra la intención del primero). Así, quien más necesita del «patriotismo de los empresarios mexicanos», paradójicamente, es el imperialismo. Mantener las tasas de cambio, aunque sea flotando, es mantener el dinero mundial, es mantener el diálogo de las mercancías. O, de acuerdo con nuestra imagen, es evitar que se fugue el vapor, es mantener la turbina o el pistón en movimiento. Si la tasa (la proporción, la razón) no logra mantenerse, la dolarización se torna compulsiva; la circulación de las mercancías de este lado de la frontera exige dólares. O, lo que es lo mismo, revela la circulación que el peso es un documento de crédito pagadero en dólares; o, lo que es lo mismo, revela la circulación el carácter del estado «mexicano»: el de una institución financiada con dólares. Dicho de otra manera, el deterioro de la tasa de cambio pone en evidencia que el peso está garantizado por el estado, y que el estado está garantizado por el dólar, y que el dólar está garantizado por el estado norteamericano. Y aquí podemos suspender esta digresión sobre el peso, para regresar al FMI y el dinero mundial, y seguir analizando la maquinaria.

El 15 de agosto de 1971, Nixon se vio obligado a reconocer lo que todo el mundo sabía: que el dólar no valía la treintayochoava parte de una onza de oro. Pero no sólo reconoció esto. Además anunció que el dólar no era ya canjeable por oro. Que si le gustaba al mundo, el dólar se cambiaría por mercancías; y si no, que hiciera lo que le pluguiese. Desde esa fecha, hasta mediados de 1977, las tasas de cambio de las principales monedas del mundo capitalista experimentaron las siguientes modificaciones con respecto al dólar: el franco suizo se elevó más de 60%; el marco alemán cerca de 50%; y el yen japonés más de 30%; el franco francés cerca de 10%; la libra

inglesa y la lira italiana experimentaron un descenso del 30%. De las monedas latinoamericanas más vale no hablar.

Ahora bien, el dinero es una relación social de producción (y una fuerza productiva).<sup>2</sup> Es una relación de producción que oculta una más profunda relación: la del trabajo social. Así, la tasa de cambio es una *relación entre relaciones*. (El sistema de tasas de cambio es, literal, etimológicamente, la religión de las religiones; lo que decíamos, el ecumenismo del Vaticano).<sup>3</sup> Así pues, la tasa de cambio es una *relación entre relaciones* que, a su vez oculta una más profunda relación: el trabajo social a escala mundial. Y, en especial, la plusvalía, y la ganancia mundiales. Las variaciones *cuantitativas* en las tasas de cambio, desde agosto de 1971, a que hicimos referencia, son, precisamente, la gran preocupación del FMI. Por qué? Consideremos de nuevo qué es el dinero. Es la mercancía que une, cambiándose por ellas, todas las demás mercancías.

Pero para saber claramente qué es el dinero los libros de economía (*todos*), resultan inútiles. Es necesario recurrir a «El arte supremo de la abstracción: la teoría de grupos». La teoría de grupos, o de conjuntos, «es el máximo ejemplo del arte de la abstracción mate-

<sup>2</sup> Véase mi trabajo *El curso del método* donde se expone polémicamente esta cuestión en contra de varios «marxistas». Cuadernos Preliminares de la Investigación, IIEC-UNAM.

<sup>3</sup> Viene al caso la aclaración «teológica» por lo que decíamos al principio: los liberales no reconocen que se mueven en el mundo de los fetiches. Y se «mueven» de utopía en utopía. Los «Países No Alineados» (?), por ejemplo, en agosto de 1976, a través de los representantes de sus gobiernos exigían «un sistema monetario internacional equitativo», «un nuevo orden monetario, universal, equitativo». Declaración citada por Alvaro Briones en su artículo «Hacia un Nuevo Sistema Monetario Internacional», en la Revista *Análisis de la Coyuntura Económica* No. 1, Cd. Universitaria, México, 1977. O lo que es lo mismo: Otra vez Proudhon.

El propio Briones, sin embargo, con un candor semejante abriga una ilusión parecida: la de que «surgirá un nuevo orden monetario y financiero». *Loc. cit.* Pero afortunadamente sabemos que: «El sistema monetario es esencialmente católico, mientras que el sistema crediticio es esencialmente protestante... Como papel moneda, el modo de existencia monetario de las mercancías sólo tiene existencia social. Lo que salva es la fe. La fe en el valor monetario como espíritu inmanente de las mercancías, la fe en el modo de producción y su orden predestinado, la fe en los agentes individuales de la producción como meras personificaciones del capital que se valoriza a sí mismo. Pero así como el protestantismo no se emancipa de los fundamentos del catolicismo, tampoco se emancipa el sistema crediticio de su base, el sistema monetario». Karl Marx, *El capital*, Siglo XXI Editores, S. A., México, 1977, tomo III, Vol. 7, pp. 762-3. Y la tasa de ganancia no sólo es un águila que cae, es además un sol poniente.

mática. *Solamente se interesa por la sutil filigrana de las relaciones fundamentales*; es el instrumento más poderoso inventado hasta ahora para aclarar las estructuras".<sup>4</sup> Y al ubicar<sup>5</sup> el dinero en el grupo de las mercancías, en el conjunto del cual nació (y con el cual debe morir), llegamos a la Crítica de la Matemática Política: el capítulo I del Tomo I de *El Capital*. Ahí está la crítica clarita de «la relación más fundamental» del capitalismo, la crítica de la más «sutil filigrana», de la más evidente cadena, la crítica de toda la «estructura», la crítica del módulo de los módulos. Así pues, no hay más límite conceptual para el capitalismo que el que se contiene en tal «filigrana». Y este es un límite algebraico. O, mejor dicho, coincide con los límites conceptuales del álgebra, con los límites objetivos y subjetivos. No sólo el elemento que unifica mediante la «igualdad» se deteriora; además, el relativo renuncia a la equivalencia, despejando todas las incógnitas. Y así, se ve como *la dialéctica del álgebra es la revolución*.<sup>6</sup>

Así pues, hemos dicho que el dinero es la mercancía que une a todas las mercancías, que las une cambiándose por todas ellas. Pues luchando contra todas (en el mercado, en la formación de los pre-

<sup>4</sup> «Algunas Abstracciones Importantes», Comentario al Capítulo 3, «El Arte Supremo...» en *Sigma, el mundo de las matemáticas*, Ediciones Grijalbo, S. A., Barcelona, 1969, tomo IV, p. 326. Subrayado mío. Cf. también Alberto Dou, *Fundamentos de la matemática*, nueva colección labor, Editorial Labor, S. A., Barcelona, 1970.

<sup>5</sup> «Ubicar», en la concepción carteriana del mundo significa «poner las cosas en su lugar». La crítica del cartesianismo conlleva la creación de lugares para «cosas que no hemos lugar»: es más que un problema topológico, se trata de topogenética. Es decir, de la práctica científico-revolucionaria que hace posible la creación del espacio. Esto implica no sólo movimiento de la conciencia sino movimiento conciente.

<sup>6</sup> Y ¿las fórmulas? Son muy simples:  $P' = \frac{P}{V}$ ;  $o = \frac{C}{C+V}$ ;  $g = \frac{P}{C+V}$ .

Véase el trabajo de Henrik Grossmann, *La acumulación y la ley del derrumbe del sistema capitalista*; de próxima aparición en Siglo XXI editores, S. A., México. La obra de Grossmann ha sido ocultada y calumniada durante cincuenta años por todos, burgueses, reformistas y revisionistas. Medio siglo después sale a la luz y nos dice: «Siempre sostuve que el presente está siempre grávido del futuro, y que entre las cosas por distantes que se encuentren, existe una completa vinculación, de modo tal que quien sepa mirar con la suficiente agudeza, podrá distinguir uno en el otro». Carta de Leibnitz a Coste (1707), *Sobre la necesidad y la casualidad*. Palabras con las que Grossmann termina su obra.

Debe ser fácil para el lector traducir las fórmulas anteriores al lenguaje de la «máquina de vapor» capitalista, al lenguaje de *la máquina de valor*.

cios) se une con todas. Pero no sólo se une con ellas, les permite ser, realizarse. (La prostitución universal, decía Marx). Y ¿el dinero mundial? ¿Qué es? Es lo mismo: La mercancía que une las mercancías que unen. El pontífice de los pontífices.<sup>7</sup> Así, pues, el FMI no es sino el supervaticano: la meca de la cristiandad, católica y protestante, de la fe musulmana y judía. Y ¿qué está pasando ahí? ¿Qué está pasando en la galaxia?<sup>8</sup> Lo estamos viendo todos los días: dialéctica. Estamos viendo como *la unidad de los contrarios* (expresada hasta hace unos años en los tipos de cambio fijos) está dando lugar a *la lucha cuantitativa* (expresada en los tipos de cambio flotantes). Y «quien sepa mirar con la suficiente agudeza» será capaz de ver cómo la unidad forzada se traduce en separación violenta. La cantidad se torna calidad cuando «el tercero incluido», la medida, aparece. Dicho de otra forma, «unidad y lucha» no sólo constituyen el centro motor de la contradicción; son, además, las fases del movimiento de la contradicción. La contradicción, como proceso, que une los contrarios en lucha. Los elementos de la contradicción (contenida en el concepto de dinero mundial), pues, están *unidos* pero, además, y esto es lo que se está desarrollando aceleradamente, los contrarios están crecientemente *reñidos* entre sí. La *unidad* ha pasado de ser el aspecto principal a ser el aspecto secundario, el *conflicto* tiende a ocupar crecientemente el papel principal. No se trata, así, de la unidad de dos procesos (unidad y lucha) que se equilibran y nulifican, sino más bien, del movimiento de un proceso a través de dos fases (primero unidad, ahora lucha).

Precisemos lo que esto está significando al nivel «concreto».<sup>9</sup> En 1973, poco después de haberse iniciado el sistema de tasas flotantes, los bancos centrales gastaron el equivalente de 2 700 millones de

<sup>7</sup> La etimología confiere el derecho a pontificar, aunque el *Larousse* lo niegue: se trata de construir puentes. La naturaleza no teme al vacío, lo teme cuando no hay puentes. Cuando el espacio se encoge. Por algo aclaraba Keynes que el Estado no sólo publica sino, además, altera desde hace cuatro mil años el diccionario. Cf. *Treatise on money*, Macmillan & Co. Ltd., Londres, 1958; tomo I, p. 4.

<sup>8</sup> Antes de que los diccionarios de griego y alemán sean expurgados hay que advertir que *Galaxia* (Vía Láctea) significa, además, de Liebfraumilch (vino de Tréveris, provincia renana), los cimientos de la fe. Galatenón es el que aún mama, el lactante, de pecho. D-M-D' y D-D' es mamar. Y creo que es evidente: ni los «desarrollados» ni los «subdesarrollados» están hoy en la edad de la lactancia.

<sup>9</sup> Para los empíricos, Marx no ha existido; para ellos «lo concreto» es lo concreto. No pueden subir de lo abstracto a lo concreto. Rascan en lo pseudoconcreto, en el fetichismo de la mercancía.

dólares para controlar y regular las tasas de cambios en los mercados de divisas. Es decir, la relativa «estabilización» de las divisas flotantes resultó todo menos gratuita. El sistema de traducción simultánea para seguir construyendo Babel, es sin embargo, cada vez más costoso. Cuatro años después, a mediados de 1977, los costos anuales de estabilización de la flotación equivalían a 22 mil millones de dólares.<sup>10</sup> Y, en los últimos meses de 1977, pese a que se gastaron más miles de millones de dólares,<sup>11</sup> éstos resultaron incapaces de evitar las múltiples «caídas» de la divisa norteamericana. Tal parece que nos acercamos a la «pasión permanente».

Ahora bien, estas espantosas cantidades ¿de dónde provienen? Básicamente, de préstamos de la banca privada de Europa occidental y de Japón, a sus bancos centrales. Y estos bancos, a su vez, han de recibir gigantescas cantidades de los aparatos fiscales gubernamentales para reembolsar, con intereses, dichos préstamos. O lo que es lo mismo, se están invirtiendo los procesos: hasta hace unos años el sistema monetario estaba subordinado al aparato fiscal; hoy, el aparato fiscal está cada vez más al servicio del sistema monetario.

Más claramente todavía, el «plan de defensa del dólar» dado a conocer el 6 de enero de 1978, en el que participa una red de 15 bancos centrales; y la declaración de Carter del 21 de diciembre de 1977 en la que expresa que «es responsabilidad de Estados Unidos proteger la integridad del dólar», constituyen tan sólo patéticas ilusiones. La declaración de Carter indica que el Departamento del Tesoro y el Sistema de la Reserva Federal intervendrán decididamente para contener la caída del dólar. «La intervención conjunta... tiene por objeto controlar la especulación y restablecer el orden en los mercados de cambio extranjeros». La necesidad es grotesca. ¿Cómo evitar la caída del dólar? ¿Cómo evitar la mortal depresión de la mercancía llamada dólar? De la única manera que se evita la depresión de cualquier mercancía: *comprándola*. (Recuérdese: la prostitución universal). Pero, es evidente que no se puede comprar dólares con dólares. Y, tampoco, pueden ser comprados los 300 mil millones de dólares (valor aproximado de los capitales que se

<sup>10</sup> Datos del Federal Reserve Bank de Nueva York, citados en *Business Week* del 3 de octubre de 1977.

<sup>11</sup> *Expansión*, 11 de enero de 1978; p. 24. Según William Miller, el nuevo directivo del Sistema de la Reserva Federal, las cantidades gastadas por los principales bancos centrales durante 1977 para evitar el hundimiento del dólar, equivalieron a algo así como 33 mil millones de dólares. Cf. *Business Week*, del 16 de enero de 1978; p. 29.

mueven en los mercados del eurodólar), con mercancías norteamericanas. No pueden ya ser comprados por los bancos centrales de los países de la OCDE. Deberán ser comprados por el gobierno norteamericano, el cual habrá de obtener préstamos de la banca europea y japonesa *para comprar su propia moneda*. Si se puede pensar en algo más absurdo, ese es sin duda el próximo paso. Lo que esto significa no es sólo un *Plan Dawes* o un *Plan Marshall* al revés. Es el principio de un proceso regresivo ineluctable: es la conversión paulatina del aparato fiscal norteamericano en un mecanismo al servicio de la banca europea y japonesa. Este proceso no puede dejar de traducirse en un mayor deterioro de la economía norteamericana, reducir más aún la tasa de ganancia, fomentar más la «desdolarización del dólar».<sup>12</sup> Y, así, «el próximo paso» será la guerra del capital especulativo de EUA contra la economía de éste país. Y las cifras no son pequeñas; hay más de 175 corporaciones con más de 100 millones en activos líquidos en busca de colocación rentable; algunas, como la IBM, con más de 5 mil millones de dólares en efectivo, en busca de mayores intereses que los que pueden conseguir en su país.

Keynes veía claro cuando advertía que no era lo mismo una burbuja de especulación en un mar de producción que una burbuja productiva en un mar de especulación. Lo que viene será el fenómeno regresivo más espantoso: la liquidez incontrolada.

En tales circunstancias, regresemos a la *demanda* de (buena parte, al menos) de la izquierda de este país. Lo que demandan, lisa y llanamente es que el capitalismo no tenga crisis; que la acumulación capitalista continúe indefinidamente; que la producción de capital no genere sobreproducción de mercancías; que no se presente una creciente ociosidad en la capacidad productiva; que no se dé el desempleo. Brevemente, lo que la izquierda (buena parte, la peor) *demanda* es sencillamente que el capitalismo no sea capitalismo. Peor aún, lo que se demanda es una utopía pequeñoburguesa y reaccionaria: la construcción del capitalismo en un sólo país; la autonomización y la independencia. Aquí no hay ni pisca de dialéctica (el álgebra de la revolución), ni siquiera lógica formal. Hay ignorancia y demagogia: los ingredientes de las utopías reaccionarias.

<sup>12</sup> Además de los 300 mil millones de dólares en el mercado del eurodólar, próximamente habrá que tener en cuenta los miles de millones del «asiadólar». En Singapur acaban de aparecer los primeros elementos de este mercado. Junto a la LIBOR (London Inter Bank Offered Rate) ha aparecido la SIDOR (Singapur Inter Bank ...).